

El armisticio con los húngaros, durante el cual sufrieron los sajones pesadas cargas para pagar el tributo, tocó á su fin en el año 933; Enrique creyó entonces llegado el momento de romper el ignominioso pacto, que se había visto obligado á aceptar por una necesidad imperiosa. Las tropas estaban suficientemente adiestradas en la nueva táctica militar, los triunfos conseguidos sobre los eslavos les habían llenado de valor y de confianza. Sin embargo, en la guerra contra aquel terrible enemigo se jugaba un envite de importancia, por cuya razón Enrique llamó á consejo al pueblo sajón. Con expresivas palabras manifestó á los asistentes cuánto había mejorado la situación en los últimos años, fijándose especialmente en el feliz éxito de la guerra contra los eslavos; añadió que era preciso levantarse entonces contra los húngaros, pues para seguir pagando el tributo que aseguraba la paz se vería obligado á aumentar las ya tan pesadas cargas que sobre la raza gravitaban y á no respetar siquiera á los sacerdotes ni á los templos; y terminó presentando á los sajones la cuestión de si querían que aquel gravamen siguiera pesando sobre ellos ó si preferían adquirir, por medio de una atrevida lucha, la posibilidad de trabajar en pro de las iglesias y de los conventos, atendiendo al propio tiempo á la salvación de sus almas. Todos optaron en alta voz por esto último y con las diestras levantadas juraron al rey luchar con fidelidad y perseverancia contra los bárbaros. Cuando al poco tiempo la Sajonia se vió atacada por la caballería húngara, todo el país estaba convenientemente preparado para recibirla. Estando los húngaros en el país de los dalemincios, recibieron, en vez del tributo exigido, un perro muy gordo, enviado en són de burla por los sajones. Con rapidez suma, dirigieron hacia el Oeste, á la Turingia, donde acamparon á principios del año 933, invadiendo luego la Sajonia. Entonces fueron puestos á prueba aquellos recintos creados por Enrique, detrás de cuyos muros y fosos se refugió la población del país llano, con todos cuantos bienes pudo llevar consigo; de suerte que el enemigo poco daño pudo causar en las tierras que fuera de ellos se extendían. La caballería, recientemente adiestrada y mandada por el rey en persona, estaba también dispuesta para la lucha; pero no libró batalla hasta que los saqueadores húngaros se dividieron y enviaron uno de sus ejércitos al Oeste para recorrer, según antigua costumbre, el campo raso y acorralar á sus defensores entre aquel ejército y el grueso de sus tropas. La división expedicionaria fué sin embargo casi totalmente aniquilada por medio de un ataque repentino de los sajones y turingios. Entretanto, el grueso de las fuerzas húngaras se dirigió contra un castillo real de Turingia, donde sabía que existían muchos tesoros. El asalto fué rechazado, y al tener noticia de que la división enviada al Oeste había sido derrotada completamente, resolvieron los caudillos húngaros reunir sus esparcidas fuerzas y emprender la retirada. Pero Enrique se encontraba cerca: en medio del palatinado ludolfingo, entre Turingia y el Harze, en el valle del Unstrut, junto á Rietheburgo, que es seguramente el pueblo designado por Widukindo con el nombre de Riade, esperaba, dispuesto para la lucha, la llegada del enemigo. Al aproximarse este, destacó Enrique, en 15 de marzo del año 933, una división de infantes turingios acompañada tan solo de una pequeña sección de caballería, con la orden de hacer frente á los húngaros y de engañarles para que se dirigieran hacia el grueso del ejército, que se encontraba á retaguardia. El plan solo en parte se vió coronado por el éxito; los húngaros, después de haber rechazado aquellas avanzadas, las persiguieron en un principio con encarnizamiento; pero luego, al encontrarse con la caballería del rey, operaron un rápido movimiento y, renunciando á la lucha, emprendieron precipitada fuga. La caballería de Enrique, que quiso perse-

guir á los fugitivos, solo consiguió causarles insignificantes bajas: la conquista del campamento enemigo y la libertad de muchos prisioneros que en él se encontraban fueron la única recompensa inmediata de la victoria; pero en aquella ocasión se mostró en toda su esplendidez la habilidad con que el rey había preparado la liberación de la patria contra las terribles correrías que la asolaban y la audaz energía con que se había portado en el momento decisivo. La alegría y el júbilo reinaban en el campamento de Rietheburgo, y se extendieron por todas las comarcas sajonas apenas se supo la noticia de la victoria. Sus compañeros de armas llamaban á Enrique padre de la patria, soberano absoluto, emperador; la Alemania recuperó su antigua gloria, y los pueblos vecinos pronunciaban, llenos de temor respetuoso, el nombre del soberano cuyas sienes ceñía la corona de la victoria. Los húngaros se mantuvieron, desde entonces, apartados de las fronteras alemanas; y solo después de muchos años, aprovechando las funestas disidencias que surgieron en el seno de la familia real, encontraron nuevamente expedito el camino de Alemania.

La fama de Enrique subió todavía de punto cuando al año siguiente luchó victoriosamente contra los daneses y obligó á pagar tributo á Alemania al rey danés Gorm el Anciano, el temido adalid del paganismo septentrional. Este triunfo pareció después al erudito obispo Liutprando de Cremona mucho más importante que la victoria conseguida tranquilamente y sin efusión de sangre sobre los húngaros, victoria que el pueblo sajón y alemán, libre ya de horribles devastaciones, tuvo por el más preclaro timbre de gloria de Enrique y que fué siempre celebrada en canciones y en leyendas.

¡Qué giro tan feliz habían tomado las cosas en Alemania desde la muerte de Conrado! La Sajonia y la Franconia, que antes se combatían mutuamente, presas de desconfianza y de ambición, á la sazón vivían en perfecta armonía y eran las sostenedoras del imperio, al paso que la Baviera y la Suabia, á pesar de la independencia que conservaban para sus cuestiones especiales, se sometían en los asuntos de interés general al conjunto del imperio como sus miembros y servidores. La Lorena, desde el año 928, había entrado de nuevo en la confederación del imperio, porque el duque Giselberto quería emanciparse del dominio de Rodolfo de Borgoña, que había arrojado del trono franco-occidental á Carlos el Simple. Enrique supo también atraerse á este hombre inquieto y ambicioso casándolo con su hija Gerberga. Alemania había puesto término al espanto que infundían los húngaros: detrás de las murallas y de los fosos se desarrollaban los gérmenes de la vida municipal, la industria y el comercio, y los conventos, que ya no tenían que temer las correrías de los húngaros ni de los normandos, volvían á ocuparse en la literatura y en las ciencias, durante tanto tiempo olvidadas. El clero de Sajonia, que antiguamente solo había tenido una participación pequeña en aquellos estudios, consiguió alcanzar en ellos una posición importante. En Saale, Havel y Elba reanudaron los colonos alemanes sus trabajos y la dureza de los eslavos se suavizó con el roce de la cultura alemana y cristiana. El episcopado vió de este modo ensanchada la esfera en que debía ejercer una influencia tan recta como benéfica. Así como hasta entonces su adhesión á las ideas romanas le había hecho vivir en constante conflicto con los rasgos nacionales del desenvolvimiento alemán, á la sazón fué el más fiel y servicial defensor de este desarrollo; y en vez de hacer, con sus luchas contra la nobleza laica, que el Estado se viese gobernado por una monarquía indigna, se unió con sus medios espirituales y económicos á la nobleza laica, que luchaba contra los eslavos, daneses y húngaros, en pro del bienestar y del honor nacionales. En el centro y á la cabeza de este tan modifica-

do imperio, encontrábase el rey Enrique, tan afortunado hombre de Estado como general, y á su lado su esposa Matilde, por todos honrada, precioso ejemplo de reina á la par que de mujer de su casa, rodeados ambos de sus hijos Oton, esposo de la inglesa Edita, Gerberga, esposa del duque de Lorena, y Eduvigis, los tres nacidos de Matilde y á los cuales siguieron los dos príncipes Enrique y Bruno.

Desde la época de Carlomagno, ningún soberano alemán había administrado como él el imperio, dejándole libre de luchas, en perfecto estado de defensa, tan considerado en el interior y tan respetado en el exterior. Los triunfos conseguidos por Enrique I sobre los húngaros, los eslavos y los daneses recordaban las más brillantes victorias de los tiempos carolingios. ¿Era de extrañar que este recuerdo se hiciera extensivo á otros puntos de vista? Widukindo dice que los sajones vencedores proclamaron á Enrique emperador en los campos de Riade, y añade que después de haber sometido á los pueblos paganos, á su alrededor establecidos, quiso el rey dirigirse á Roma, proyecto de que le hizo desistir una enfermedad. Algunos han pretendido que este viaje debía tener el carácter de peregrinación, pero esto no se viene con el carácter de Enrique. El relato de Widukindo parece más bien indicar que Enrique, con aquel viaje, se proponía ser coronado emperador en Roma. La Suabia y la Baviera confinaban con el reino de Italia, en cuyas revueltas contiendas con frecuencia habían intervenido los duques Burkhardo y Arnulfo. Enrique estaba aliado con Rodolfo de la Alta Borgoña, el adversario de Hugo de la Baja Borgoña, que trataba entonces de ceñirse la corona de Italia. Desde la muerte de Berenguer de Ivrea estaba vacante el imperio, cuya idea, sin embargo, subsistía y cuya renovación era deseada, en vista de la triste situación de la degradada Iglesia. Enrique tenía poder suficiente para devolver al imperio toda su importancia y con ello hubiera aumentado su autoridad como rey. Por eso el plan de dirigirse á Roma parece consecuencia natural, y conforme con las ideas de la época, de los triunfos que hasta entonces había conseguido la nueva monarquía sajona. Pero antes de emprender el viaje, el rey Enrique sufrió, á fines del año 935, en el palacio de Boshfelde, en Harz, un ataque de apoplejía. Sintiendo acercarse la muerte, convocó una asamblea de magnates y del pueblo que debía reunirse en Erfurt, en la cual, previo el asentimiento de los congregados, designó por sucesor á su primogénito Oton, no sin tener para ello que vencer, según parece, muchas resistencias en el seno de su propia familia. Matilde deseaba quizás, entonces, que su hijo predilecto, Enrique, fuese elevado al trono. El rey repartió entre los otros hijos sus bienes y sus tesoros, pero al frente de todos ellos y de todo el reino puso á Oton. Después de haber arreglado de esta suerte su familia y su Estado, hízose trasladar al castillo de Menleben, donde falleció á los sesenta años de edad y diez y siete de reinado, siendo enterrado en la catedral de San Pedro de Quedlinburgo, delante del altar. Bajó al sepulcro en medio de los lamentos y de las lágrimas de todo el pueblo.

## CAPITULO II

ESTABLECIMIENTO DEL PODERÍO MONÁRQUICO ALEMÁN Y ADQUISICIÓN DE LA CORONA DE ITALIA POR OTÓN I

(936-955)

La síntesis de la actividad gobernante del primer soberano de la raza sajona, á la cual tanto amaba, se hizo por Widukindo de Corvei en estas concisas, pero significativas palabras: «Enrique murió en plena posesión de la soberanía,

como el más grande de los reyes de Europa; ninguno de ellos le aventajaba en cualidades corporales y espirituales. Dejó un hijo que estaba llamado á ser más grande que él, y á este le dejó un reino extenso y poderoso que no había heredado de sus antepasados, sino que había sabido conquistarse con el auxilio de Dios y de sus propias fuerzas.» Los autores modernos han querido rebajar los triunfos de Enrique (1) y culpar al historiador sajón por la preferencia que mostró hacia su héroe. Bien podría suceder que las grandes victorias que á sus sucesores se han atribuido esparcieran también su gloriosa luz sobre el reinado de Enrique, que transcurrió en medio de apuros y fatigas. La posibilidad de tales éxitos demuestra lo grande de su conducta y justifica brillantemente la prudente limitación, el sentido práctico que cuenta con los hechos consumados, y el carácter tranquilo y realista que caracterizan y distinguen la política de Enrique. Las alabanzas que Widukindo prodiga al primer rey sajón están plenamente justificadas por el arraigo que adquirió la dinastía durante aquellos penosos diez y siete años. Siguiendo la recomendación de Enrique, fué proclamado sucesor su primogénito Oton, sin que tampoco el episcopado ejerciera en el nombramiento influencia alguna. Posteriormente sin embargo otorgó solemnemente su asentimiento por medio de la consagración religiosa del nuevo rey. El hecho de recordarse entonces intencionadamente á Carlomagno, demuestra el cambio que se había operado en la situación de la monarquía.

Lo que, en Erfurt, se había convenido con el moribundo monarca debía ser solemnemente ratificado en Aquisgran. En la galería de columnas que unía el palacio con la iglesia de Santa María de esta ciudad, los duques y magnates saludaron á Oton de Sajonia, le colocaron en el trono allí preparado y le proclamaron rey, jurando con las manos extendidas, serle fieles y ayudarle contra todos los enemigos. Después, fué conducido en procesión solemne al templo, donde le esperaban la nobleza laica, los obispos, el clero y una multitud de gente del pueblo, lleno de júbilo. El arzobispo Hildeberto de Maguncia tomó por la mano al rey y le llevó al centro de la iglesia, debajo de la bóveda de la cúpula, donde todos los circunstantes podían verle, presentándole como el elegido de Dios, recomendado por Enrique y reconocido por todos los príncipes. Todos los asistentes dieron su consentimiento prorumpiendo en aclamaciones y levantando la mano derecha. Luego el arzobispo condujo al rey, que vestía á la francesa, hasta el altar mayor, donde le entregó las insignias reales, tales como la espada y el cinturón, el manto y los brazaletes, el cetro y el bastón, y le recordó, en un discurso, los deberes que el cargo de monarca le imponía. Después de esto, Oton fué ungido y coronado por Hildeberto de Maguncia y Wikfredo de Colonia; y adornado con todas las insignias de la nueva dignidad fué llevado á un balcón que se abría entre dos columnas para ser desde allí presentado al pueblo. Celebróse luego un solemne banquete en el palacio imperial, en el cual los duques sirvieron en persona al rey, acto simbólico pero característico para los progresos que había hecho la monarquía. El hecho de que Giselberto de Lorena, en cuyo territorio estaba situada la ciudad de la coronación, dirigiera aquella fiesta; de que Eberhardo de Franconia cuidara de la mesa; de que Hermann de Suabia escanciara el vino, y de que Arnulfo de Baviera contuviera al pueblo que á presenciar la fiesta acudía, demuestra de un modo gráfico la unidad del imperio bajo un solo soberano.

(1) Véase especialmente Nitzsch, obra citada, I, pág. 308, véase página 298.